

# EL MUNDO

Jueves, 8 de enero de 2004. Año XV. Número: 5.144.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## No a la piratería

ZOE VALDES

Hasta finales de los años 80 se hablaba del peligro que significaba para la obra de un escritor el hecho de que su libro fuera pirateado y vendido en ediciones clandestinas. Esto ocurría sobre todo en el mercado latinoamericano, y por supuesto, con autores iberoamericanos. No sólo disminuyeron considerablemente las ventas formales y las entradas de los derechos de autor de aquellos que vendían regular o enormemente, si no que, y sobre todo, lo terrible era la calidad, las obras se vieron sumamente afectadas. En la mayoría de las veces, el diseño de la portada, caso de que hubiera diseño, era copiado en muy baja resolución, o simplemente transformaban la cubierta del libro por algún horrendo enmascaramiento. Lo peor acaecía cuando en ciertas ocasiones tocaba la desagradable sorpresa de encontrar páginas en blanco, textos misteriosamente desaparecidos, capítulos saltados, mala encuadernación, y pésima fabricación. Indudablemente, había quienes pagaban a los ladrones por semejante producto adulterado y de muy mal gusto, sobre todo si nos ponemos a pensar que comprar un libro saqueado es saquear al escritor, destruir el trabajo de quien te hace disfrutar de un placer único, el de la lectura. Peor gusto en el gesto de corresponder no puede haber.

Con el tiempo y un ganchito, y la evolución de las técnicas del audio y de la imagen, los piratas desplazaron su mercado al de la música y el cine. Cuento con muchos amigos músicos y algunos cineastas, y creo que debemos unirnos y protestar todos en contra de este fenómeno que está devastando el arte, que saquea los derechos de autor de los creadores, y además pone en la calle a miles de trabajadores. Hace unos días, una señora me dio la falsa excusa de que muchos emigrantes viven de eso, que es su modo de subsistencia, dijo con la cara de trasero que ponen ciertos amantes del eterno sacrificio tercermundista. También conozco a muchos emigrantes que viven de trabajos honestos, respondí, que no se dedican al robo, y que se integran en el mercado laboral del país que les dio refugio. La excusa empleada con la señora no será nunca un pretexto correcto, y mucho menos humano. Porque por esa misma razón, como mencioné en líneas anteriores, cientos de miles de personas, obreros de las compañías disqueras están en el paro, desempleados, y sin esperanza. No creo que a nadie se le ocurra recomendarles que se dediquen entonces a saquear el trabajo de los demás, sólo para conocer el saborcito de la venganza contra el capitalismo. Por cierto, acabo de releerme a Marx, no me

lo leía desde los años setenta, o sea desde la universidad, qué descarado. Puso a toda la familia a trabajar para él, no por gusto su hija y Paul Lafargue, el mulato cubano que fue su nuero, brillante por demás, se suicidaron.

Yo tomé conciencia de este asunto de la piratería cuando visitó mi casa un familiar de Cuba, y me pidió grabar discos y de paso me comentó que en la isla uno de los mercados negros más importantes que existe después del de la comida, es el de la manta. La venta clandestina de discos, de películas, e incluso hasta de programas televisivos, es enorme. Una inmensa manta del tamaño de la plaza revolucionaria de los discursos, de la cual la dictadura cubana se hace la chiva loca. De todos modos, desde los años 70, el Instituto de Arte e Industria Cinematográficas, poseía varios piratas oficiales en Madrid consagrados a copiar, nada menos y nada más, que en los cines madrileños, algunas películas del mercado occidental que, gracias a Dios o al Diablo en la Tierra del Sol, para citar a Glauber Rocha, los cubanos pudimos ver, aunque en blanco y negro.

Así ocurrió con la primera entrega de El Padrino, por sólo poner un ejemplo. Y con algunas películas de Pedro Almodóvar, antes de que el cineasta español hiciera entrega con gran amabilidad a Julio García Espinosa, de toda su obra. Ni se sabe las veces que Francis Ford Coppola ha impartido clases en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de Los Baños. No sé si sabrá que ha sido uno de los cineastas más pirateados por el propio aparato estatal cubano, el mismo estado que le exige -García Márquez mediante- que ofrezca cursos gratis en solidaridad con la cinematografía del Tercer Mundo. Los espectadores cubanos vimos la obra de Coppola sin la autenticidad con que su progenitor la imaginó y la creó. En un blanco y negro sucio, mala copia, mal sonido. Del mismo modo sucedió con Blow up, por sólo mencionar otro clásico.

No dudo, dado que la mayoría del pueblo cubano no posee ordenadores, y los que los han conseguido no siempre han sido de buena calidad, que el mercado de la piratería en Cuba sea un asunto aprobado desde arriba. O sea autorizado por las más altas esferas, y claro, de las ventas quien más se moja es quien autoriza. Acabo de enterarme de que, en lo que va de año y desde que salió el disco de Alejandro Sanz, se agota como pan caliente entre los sedientos cubanos de a pie; la gente se lo lleva a puñados, los precios oscilan entre cinco y quince dólares, depende del barrio, o sea de la zona de menor o mayor entradas económicas. El disco de Alejandro Sanz está prohibido en la radio nacional, por una sencilla y emocionante canción que ha tocado el corazón del isleño: Labana. Si existieran listas de discos de venta de discos, esa canción las encabezaría.

Hablo de un país, donde los discos, los libros, o sea todo lo que vale se compra en dólares, o en la moneda inventada por el Gobierno, el peso convertible, sólo en mercados oficiales, o sea en tiendas de divisas extranjeras. En esas mismas tiendas, a las que tiene acceso en mayor cuantía el público extranjero, los cubanos ganan en pesos, y el equivalente de cinco a nueve dólares mensuales,

como sueldo mínimo o estándar, amigos míos turistas han podido comprar mi primer poemario o mi primera novela. O sea, que estoy prohibida para el pueblo, pero para los turistas, el Estado cubano, de vez en cuando, saca un puñado de mis dos primeros libros, y los vende. Debo aclarar que yo no recibo ni un céntimo de derechos de autor. Y que mi libro Todo para una sombra fue hecho pulpa cuando ya estaba a punto de salir en librerías en el año 1995, en que decidí exilarme.

En el otro momento que tomé conciencia que había que reaccionar rápido en contra de la piratería fue en Nueva York, en el verano pasado. Iba con mi hija a ver Nine, el musical protagonizado por Antonio Banderas, en Broadway, y en pleno Times Square divisó a un africano rodeado de una multitud. Nos acercamos, la gente le arrebató de debajo de la manta discos de músicos latinos en su mayoría. La más demandada era Jennifer López, aunque también vendía Britney Spears, Beyoncé, Justin Timberlake, Eminem y 50 Cents, entre otros, y DVD's de películas que aún estaban de estreno, Piratas del Caribe, por ejemplo. Cuando la gente se hallaba de lo más entretenida, extendiendo los brazos empuñando billetes de cinco y de diez dólares, -el africano también arrebató billetes por su lado- llegó la policía dando patadas a los discos, a los DVD's, e incluso unos cuantos compradores también llevaron su buen sopapo. El africano pensó patas p'a qué te quiero, y, por más que corrió, uno de los agentes lo alcanzó y lo esposó. Mientras esto sucedía la gente se abalanzó sobre la loma del falso tesoro. Un hombre metió en un maletín una pila de DVD's. Yo aproveché y tomé Piratas del Caribe, sólo por curiosidad, porque trato siempre de comprar los discos.

Con anterioridad una persona cercana a mí había dado una vuelta por el mercado negro neoyorquino, en el barrio chino, y había conseguido unos dibujos animados de estreno, al llegar a su casa e intentar ponérselas a sus hijas, se dio cuenta que la calidad era espantosa, y que el pirata se había contentado con filmar con una mediocre cámara de video la pantalla de una sala de cine, ahí había grabado el filme. La persona en cuestión perdió su dinero, y se sintió timado. Bien merecido, ¿cómo se sentiría entonces el creador?

Al llegar al hotel intenté poner el DVD de Piratas pirateado y el disco estaba vacío, así de simple. Estafa doble para aquellos que lo adquirieron al negro, en el sentido literal y literario, y por supuesto para el realizador y el equipo. Hubo gente que protestó cuando el policía pateó la montaña de casetes y discos. De los que nos quedamos viendo cómo terminaba el asunto, hubo quienes protestaron por la manera en que el africano fue detenido. Creo que debemos acostumbrarnos no sólo a decir un no rotundo a la piratería que estafa a nuestros queridos músicos y cineastas, a nuestros admirados escritores, debemos confiar en que sólo la justicia puede enseñar, y no ser condescendientes con una cierta inmigración que acepta las propuestas de los extorsionadores, de los intermediarios que se dedican a aprovecharse de los artistas y de los pobres.

No hay que justificar a una inmigración que comete actos ilegales. De esa manera nunca poseerán el estatus de seres humanos, y los que se enriquecen son los de siempre, los cerebros del robo. Los que perdemos somos los amantes de la buena música, del buen cine, de la obra artística. Pero, léanme bien, acabo de ver en la televisión en las rebajas de Londres a cientos de consumidores desatados comprando carteras y zapatos por 600 euros, a mitad de precio. Me parece muy bien que el dinero de su trabajo una se compre lo que le desee y necesite. Pero un disco, una película, un libro, es un deseo exclusivo y muy necesario del pensamiento, del espíritu, del placer de los sentidos. Pagar lo que realmente vale no tiene precio.

**Zoé Valdés es escritora cubanoespañola. Autora de Lobas de mar, novela premiada con el Fernando Lara 2003.**

---

© Mundinteractivos, S.A.